

XXIV.

Una vez jurada la alianza, Pompeyo, César y Craso trataron de abrirse camino.

Tenian por enemigo á todo el Senado. Su hostilidad estaba encarnada en Caton, Bibulo y Ciceron, que se habia declarado definitivamente contra Pompeyo, convirtiéndose en su mas encarnizado opositor despues de haberle sido en extremo adicto. Pretendia haber sido muy mal recompensado.

Los aliados se ocuparon por el pronto en estrechar su union con lazos de familia.

Pompeyo, que, como se recordará, habia repudiado á su mujer, acusada y hasta convicta de ser querida de César, se casó con la hija de este.

César, por su parte, que tambien habia repudiado á la suya, hija de Pompeyo, so pretesto de que

de su mujer ni siquiera se habia de sospechar, se casó con la hija de Pison.

Este seria nombrado cónsul el año siguiente.

Cepion,—que estaba desposado con la hija de César que acabamos de ver casarse con Pompeyo,— se casó con una hija de este, contentándose con ser cuñado de César, ya que dejaba de ser su yerno.

—Oh, república! esclamaba Caton, héte *hi* convertida en arregladora de matrimonios; las provincias y los consulados no serán en lo sucesivo sino regalos de boda!

Ahora bien, ¿por qué se habia llegado á sospechar de la mujer de César? Digámoslo.

El hombre que la comprometió va á desempeñar un papel bastante curioso en los acontecimientos de los años 693, 694 y 695 de Roma para que nos ocupemos algo de él.

Habia en Roma una fiesta muy en boga que se llamaba de la Buena Diosa. El sitio en que se celebraba era siempre la casa de algun magistrado de primer orden, un pretor ó un cónsul, y en el año 693 se verificó en casa de César.

De esas fiestas se excluia rigurosamente á los hombres, y no solo estos sino los animales del género masculino y hasta las estatuas con atributos de virilidad eran proscritos.

¿Qué era esa Buena Diosa?
La respuesta es de las mas difíciles y solo descansa en probabilidades.

Segun todas las apariencias la Buena Diosa era la generatriz pasiva, el molde de la humanidad, si así puede decirse. Segun unos, era Fauna, la mujer de Fauno, y esa era la opinion vulgar; segun otros, era Ops, mujer de Saturno, ó Maïa, mujer de Vulcano:—para los especialistas era la Tierra; la tierra que da el trigo.

¿De dónde procedia la Buena Diosa? De la India probablemente, y en ese supuesto diremos dos palabras dentro de poco; su representacion simbólica, sin embargo, estaba en Presinonta, ciudad de Galacia.

Una piedra parecida á una estatua, aunque de un modo informe, habia caído del cielo y era objeto de gran culto entre los gálatas.

Entraba en los cálculos de los romanos concentrar todos los dioses en su panteon. De ese modo centralizaban en Roma no solo la Italia sino todo el universo.

Enviaron una diputacion solemne á Atalo para tener aquella estatua, y Atalo entregó á los embajadores la piedra sagrada.

Segun unos, era un meteorito; segun otros, un gran trozo de imán.

¿Quereis saber el itinerario del buque para ir desde las costas de Frigia hasta Roma? Leed á Ovidio. Podeis seguirlo por el mar Egeo, á traves del estrecho de Mesina, por el mar Tirreno, en fin, hasta la isla sagrada del Tíber dedicada á Esculapio. Allí el buque se detuvo y ni las velas ni los remos consiguieron hacerle dar un paso mas.

Habia entonces en Roma una vestal llamada Claudia Quinta, acusada de haber sido infiel á sus votos. Era para ella cuestion de muerte.

Ofreció probar su inocencia haciendo recobrar su marcha al buque. La oferta fué aceptada.

Claudia Quinta se dirigió al Tiber, en cuyas orillas estaba agrupada Roma toda. Ató su cinturon al palo del buque y se puso á tirar de él. El buque la siguió con la misma docilidad con que siguen los barcos en miniatura, en el estanque de las Tullerías, á los niños que jalan de ellos con un hilo.

Escusado es decir que se desistió de la acusacion y que la reputacion de castidad de Claudia Quinta se esparció por toda Italia.

La vestal edificó un templo á la Buena Diosa en el monte Aventino.

Aquel acontecimiento llegaba muy á propósito para reanimar el valor de los romanos.

En aquel momento acampaba Anibal á las puertas de Roma.

La noche misma se puso en venta el sitio en que habia estado acampado, y ya se sabe que los compradores acudieron en monton.

Ahora bien: ¿cuál era, segun todas las probabilidades, la cuna de aquel culto? La India; la India, misteriosa abuela del género humano, que ha tomado por símbolo la vaca criandera.

La India habia considerado el universo como producto de dos principios, uno varon y otro hembra.

Aceptado ese primer punto seguian estas preguntas:

¿Cuál fué el principio sometido al otro en el acto generador que produjo el universo? ¿Cuál es la facultad inferior en rango? ¿Precedió el principio varon al principio hembra, ó este á aquel? ¿Cuál fué el mas influente de los dos en el acto que llevaron á cabo al engendrar el mundo? ¿Fué *Iswara*, el principio varon, ó *Pracriti*, el principio hembra? ¿A cuál nombrar primero en los sacrificios públicos, en los himnos religiosos, en los simples rezos? ¿Es preciso separar ó confundir el culto que se les tributa? ¿Debe el principio varon tener un altar en que lo adoren los hombres, y el principio hembra tener otro en que lo adoren las mujeres, ó deben ambos tener un solo altar en que los adoren los hombres y las mujeres á la vez?

No se olvide que en esa época el imperio índico cubria una gran parte de la tierra.

El sacerdocio se vió obligado á dar su voto sobre esas preguntas.

Se pronunció en favor del principio varon y estableció su anterioridad sobre el principio hembra, proclamando su dominio sobre el sexo femenino.

Millones de partidarios sostenian el principio opuesto.

Dada la sentencia á pesar de la oposicion de aquellos partidarios, el sacerdocio tuvo que sostenerla.

Fué preciso emplear la fuerza y la ley le prestó su magestad. Los partidarios del principio hembra fueron vencidos, pero protestaron gritando contra semejante tiranía.

En tal situacion debia presentarse una oportunidad que hiciese estallar una revuelta.

La oportunidad se presentó.

Buscad en el *Scanda Pousana* y en el *Brahman-da*, y vereis que dos príncipes de la dinastía reinante, hijos ambos del rey Ougra, no pudieron entenderse, como sucedió mas tarde á Eteocles y Polinice, para reinar juntos y se dividieron el imperio índico: el mayor se llamaba *Tarah'haya* y el segundo *Irshou*.

El mayor, creyendo que debia llamar en su auxilio á la religion, declaró que adoptaba invariable-

mente por su dios á *Isvara*, ó el principio varon; el segundo se pronunció abiertamente por *Pracriti*, ó el principio hembra. El mayor tuvo á su lado el sacerdocio, cuya declaracion confirmaba, los grandes del Estado y los ricos propietarios con todos los que de ellos dependian; el menor vió agruparse á su alrededor las clases inferiores, los obreros, los proletarios y todos los que estaban relacionados con ellos.

Por eso se nombró á los partidarios de Irshou *pallis*, palabra sanscrita que significa *pastor*.

Los *pallis*, ó partidarios de Irshou, tomaron por bandera la facultad femenina, que era el símbolo de su culto; esa facultad en lengua sanscrita se llama *yony*.

De ahí el doble nombre que se le dió.

El primero, sacado de su condicion social, *pallis* ó *pastores*, es el nombre con que los designa la historia y con el cual invadieron el Egipto, la Persia y la Judea, dando á esta última region el nombre de *Pallistan*, del cual hemos hecho nosotros Palestina; y el segundo originado de su creencia, *Yonyas*, *Ioniöi*, *Jónicos*, con el cual colonizaron las orillas del Asia Menor y una parte de Grecia.

Hé aquí por qué, á causa de una misteriosa coincidencia con su símbolo, *yony*, su estandarte es rojo; hé ahí por qué la púrpura que se compraba en Tiro era un símbolo de soberanía; hé ahí por qué la palo-

ma, ájaro dep Vénus, se llamaba *yoneh*; hé ahí por qué todas las invenciones muelles, delicadas, afeminadas, procedian de la Jonia, (pronúnciase Yuina) palabra ella misma encantadora, delicada y femenina, si las hay; hé ahí, en fin, por qué en el bajo Egipto, entre los babilonios y entre los frigios, la facultad femenina predomina sobre la masculina, y en Tebaida se adora á la diosa Isis, en Babilonia á la diosa Milydha, en Frigia á la diosa Cibeles, y mas tarde en Roma á la diosa Ma, á la Buena Madre, á la Buena Diosa.

Perdónesenos esta pequeña digresion, que no ha dejado de costarnos algun trabajo por cuya razon la entregamos confiadamente á la discusion de los mitólogos.

Ahora, preguntemos, ¿qué pasaba, en las fiestas consagradas á la Buena Diosa?

XXV.

Lo que pasaba en las fiestas de la Buena Diosa es difícil de saber. Estaba absolutamente prohibido á los hombres tomar parte en ellas, y las mujeres, segun toda probabilidad, tenian interes en guardar el secreto.

Unos pretendian que se entregaban á bailes algo libres y otros que á falagogias copiadas de las de Tébas y Ménfis.

Juvenal se esplica con alguna mas claridad; remítimos á él á nuestros lectores, previniéndoles, sin embargo, que ese autor, al igual de Boileau, detestaba á las mujeres.

Segun hemos dicho arriba, se celebraban, pues, en casa de César, ó mas bien en las habitaciones de Pompeya, su mujer, los misterios de la Buena Dio-

sa, cuando de repente se esparció el rumor de que un hombre disfrazado con trage femeníl habia sido sorprendido en medio de las matronas.

Aquello produjo un escándalo inmenso.

¿Quereis saber cómo Ciceron da cuenta de eso á su amigo Atico en su carta de 25 de Enero del año 694 de Roma?

Vamos á trascribirla:

“A propósito; hay aquí un feo asunto y temo que la cosa vaya mas lejos de lo que al principio se creyó. Sin duda no ignoras que un hombre disfrazado de mujer se introdujo en casa de César, y eso en momentos en que se ofrecia un sacrificio por el pueblo. Las vestales tuvieron que renunciar á consumarlo y Cornificio denunció el sacrilegio al Senado. Fué Cornificio, entiéndelo bien; no vayas á creer que ninguno de nosotros tomó la iniciativa. Remision del Senado á los pontífices y declaracion de estos de que ha habido sacrilegio, y que por lo tanto hay lugar á encausar. Despues de eso, y en virtud de senado consulto, los consejos publican una requisitoria..... y César repudia á su mujer.”

Hé ahí, pues, el acontecimiento que ocupaba á Roma á principios del mes de Enero, sesenta años poco mas ó menos antes de Jesucristo; causó gran ruido, como se comprenderá, y durante varios días fué objeto de todas las conversaciones, de todas las

habladurías, de todas las murmuraciones, como diríamos hoy.

Nada tiene, pues, de extraño que Ciceron, el mayor murmurador de su tiempo, se lo participe á Atico.

Preciso es convenir, sin embargo, que es bastante curioso hallar una pequeña relacion de la gigantesca charlería que resonaba en el Forum, en el Campo de Marte y en la vía Régia, en una carta íntima, escrita hace cosa de dos mil años.

El hombre sorprendido en casa de César, era Clodio.

Ya hemos dicho algunas palabras de ese illustre calavera, que en una época en que vivian César y Catilina mereció el título de rey de los libertinos; tambien hemos dicho que pertenecia á la rama Pulcher, de la noble familia Claudia, añadiendo que *pulcher* quiere decir *hermoso*.

Se recordará que fué el primer gefe enviado contra los gladiadores. Floro dice que fué Clodio Glaber; pero Tito Livio dice Clodio Pulcher, y somos del parecer de Tito Livio.

Su expedicion no habia sido feliz. Despues, sirviendo á las órdenes de Lúculo, su cuñado, habia hecho rebelar las legiones de Lúculo en favor de Pompeyo.

¿Qué habia podido impeler á Clodio á declararse por Pompeyo en contra de su cuñado?

¿Su ambicion? Bah! Esa esplicacion era demasiado sencilla.

Hé aquí lo que se decia,—íbamos á decir *en voz baja*, pero nos hemos vuelto atras,—hé aquí lo que se decia de Clodio en Roma en alta voz:

Se decia que habia tenido amistad demasiado íntima con sus tres hermanas; á saber: con Terencia, que se habia casado con Marcio Rex,—no se olvide este nombre, pues Ciceron va á hacer alusion á él dentro de poco;—con Claudia, mujer de Metelo Celer, y á la cual se llamaba la *Cuadrancia*, porque habiéndole prometido uno de sus apasionados una bolsa llena de oro en cambio de *un beso*, le habia mandado en su lugar una bolsa llena de *cuadrans*, que era la moneda mas pequeña de cobre de aquella época; y en fin, con la mas jóven, esposa de Lúculo. Ahora bien, se pretendia que á pesar de ese matrimonio seguia la amistad indicada, que Lúculo habia tenido una esplicacion con Clodio y que á consecuencia de ella Clodio le habia hecho traicion.

Cuando se mira el fondo de las cosas no siempre se ve limpio; pero, al menos, la mayor parte de las veces se ve claro.

Digamos de paso que quedaba aún otra hermana

soltera, de la cual Ciceron estaba enamorado, y Terencia, su mujer, celosa.

Y ahora, ¿cómo había sido cogido Clodio?

Hé aquí lo que se contaba sobre el particular:

Enamorado de Pompeya, había entrado en su casa disfrazado de música. Muy jóven aún, no teniendo apenas barba, esperaba no ser reconocido; pero, perdido en los inmensos corredores de la casa, había tropezado con una criada de Aurelia, madre de César.

Entonces había querido huir; pero sus movimientos, demasiado masculinos, habían revelado su sexo. Aura, —tal era el nombre de la criada,—le había hecho algunas preguntas; obligado á contestar, su voz había confirmado las sospechas que la brusquedad de sus movimientos había hecho ya concebir; la criada había dado voces y las damas romanas habían acudido á ellas; sabiendo de qué se trataba habían cerrado las puertas, poniéndose en seguida á buscar por todos lados, con la maestría que saben hacerlo las mujeres curiosas; al fin habían hallado á Clodio en la habitacion de una jóven esclava que era su querida.

Hé ahí todos los pormenores que Ciceron no podía dar á Atico, atendido que no fueron conocidos sino poco á poco y á medida que fué adelantando la causa.

Respecto á esta, á Ciceron es á quien es preciso oírle contar. Figuró en ella como testigo.

En otro tiempo Ciceron había sido muy amigo de Clodio; este le había servido calurosamente en la conspiracion de Catilina; se había puesto entre sus guardias y había sido de los primeros que habían querido matar á César.

Pero hé aquí lo que sucedía, precisamente cuando se formaba la causa:

Ciceron estaba enamorado de la hermana de Clodio que permanecía aún soltera, y la cual vivía á unos cuantos pasos de la casa del ilustre orador.

Algunos rumores de relaciones entre Claudia y su marido llegaron hasta Terencia, mujer despótica y celosa que tenía absoluto poder sobre su marido. Le habían dicho que, cansado de aquel poder, Ciceron quería repudiarla y casarse con la hermana de Clodio.

Ahora bien, ¿qué decía Clodio para justificarse?

Decía que en el momento en que pretendían que había estado en casa de César se hallaba á cien leguas de Roma.

Quería, como se dice hoy, presentar una *coartada*.

Pero Terencia, que aborrecía á la hermana, odiaba naturalmente al hermano, y lo había visto entrar en las habitaciones de su marido la víspera del día en que el jóven había sido sorprendido en la parte de la casa de César ocupada por Pompeya. Si, pues,

Clodio habia ido á ver á su marido la víspera de las fiestas de la Buena Diosa, no se hallaba á cien leguas de Roma el dia que aquellas fiestas se habian verificado.

Terencia declaró á Ciceron que si no hablaba él hablaría ella.

Ciceron habia tenido ya muchos disgustos con su mujer á causa de la hermana, y resolvió sacrificar el hermano á fin de conservar la paz doméstica. En consecuencia de eso se presentó como testigo.

Como se comprenderá muy bien, por mas murmurador que sea Ciceron no dice nada de eso en sus cartas á Atico; pero Plutarco, nacido doce años despues de los sucesos que estamos refiriendo, esto es, ochenta y ocho años antes de Jesueristo, y que es casi tan murmurador como Ciceron, los cuenta minuciosamente.

Ciceron, pues, se presentó á declarar contra Clodio; muy á su pesar quizá, pero al fin se presentó.

Si el escándalo del suceso habia sido grande, el de la causa fué mayor aún.

Varios ciudadanos de los primeros de Roma acusaban á Clodio, unos de perjurio y otros de estafa.

Lúculo presentó criados que declararon que Clodio habia tenido relaciones con su propia hermana, esto es, con la mujer de Lúculo.

Clodio continuaba negando el hecho principal: de-

cia que estaba á cien leguas de Roma el dia de la celebracion de las fiestas de la Buena Diosa; pero Ciceron levantándose, le dió un mentís, diciendo que la víspera habia ido á su casa á hablarle de un negocio.

La declaracion fué concluyente. Clodio no la esperaba; y, á la verdad, de parte de un amigo, de parte de un hombre que enamoraba á su hermana, aquel modo de proceder era en efecto algo brutal.

Pero ya hemos dicho que á Ciceron es á quien hay que oír referir esa causa; lo hace con todo el rencor de un hombre que no tiene limpia la conciencia.

Hé aquí como habla de los jueces,—y nótese que esos jueces son senadores:

“Jamás burdel alguno reunió gentuza igual: senadores envilecidos, caballeros cubiertos de harapos, tribunós y guardas del tesoro plagados de deudas, y en medio de todo eso algunos hombres honrados á quienes la recusación no habia podido alcanzar y los cuales se hallaban allí con la mirada abatida, el luto en el corazon y el rubor en la frente.”

Sin embargo, el aspecto de la ilustre asamblea no podia ser mas desfavorable al acusado. Nadie creia que no estuviese condenado de antemano.

En el momento que Ciceron acabó de hablar, los amigos de Clodio, indignados de lo que ellos llama-

ban una traicion, prorumpieron en gritos y hasta en amenazas.

Pero entonces los senadores se levantaron, rodearon á Ciceron y se pusieron un dedo en el pescuezo en señal de que lo defenderian aun á riesgo de su vida.

Mas á aquellos hombres que mostraban su pescuezo con el dedo, Craso mostró su bolsillo con la mano.

“Oh musa! esclama Ciceron, dí ahora cómo estalló aquel gran incendio! Sin duda, querido Atico, conocéis al *Calvo* (se refiere á Craso), el heredero de Nannio, mi panegirista, que en otro tiempo hizo un discurso en mi honor, del cual os dije algo. Pues bien, ese hombre es quien lo ha hecho y dirigido todo en los últimos dos dias, por medio de un vil esclavo sacado de una partida de gladiadores; ha prometido, garantizado y hasta dado, ¡oh infamia! el valor de la cantidad convenida, en jóvenes hermosas y en muchachos.”

Entiéndase que no decimos todo; que aun encubrimos algo.

Los jueces que no se dejaron sobornar sino por dinero, fueron tenidos por hombres honrados.

Así, como pidiesen una guardia para volver á sus casas:

—Qué es eso? les gritó Cátulo, ¿temeis que os roben las cantidades que os han dado?

Llamado César á declarar contra Clodio, dijo que no tenia nada que declarar.

—Sin embargo, le gritó Ciceron, has repudiado á tu mujer.

—La he repudiado, contestó César, no porque la creyera culpable, sino porque de la mujer de César ni aun se ha de sospechar!

Escusado es decir que Clodio fué absuelto.

Veamos cuáles fueron las consecuencias de aquella absolucion.

XXVI.

Primero hubo un gran escándalo en la plaza pública.

Absuelto Clodio despues de una acusacion que implicaba el destierro si hubiera sido condenado, era mucho mas fuerte que antes desde el momento que quedaba impune. Su absolucion fué un triunfo.

Veinticinco jueces habian permanecido firmes y á riesgo de lo que podía sucederles habian condenado al acusado.

“Pero treinta y uno, dice Ciceron, temieron mas el hambre que la vergüenza, y lo absolvieron.”

Así el movimiento conservador impreso por el consulado de Ciceron y por la conspiracion de Catilina, descubierta y sofocada, se veia completamente detenido con la absolucion de Clodio, y el partido dema-

gógico, representado por Pompeyo, infiel á la aristocracia, por César, fiel al pueblo, y por Craso, fiel á César, volvia á sobreponerse de un modo absoluto. Así la Roma afortunada por haber nacido bajo el consulado de Ciceron,—*ó fortunatam natam, me consule, Romam*,—habia vuelto al punto en que Catilina la habia colocado, cuando, encontrando á Ciceron en su camino, habia tenido que abandonar la partida.

El recuerdo de aquel primer triunfo exaltó á Ciceron y le dió un valor que no siempre tenia.

Habiéndose reunido el Senado el dia de los ídus de Mayo, y habiéndole tocado el turno de hablar:

—Padres conscritos, dijo, por un descalabro sufrido no debeis desanimaros ni dejar el campo; es preciso no negar los golpes ni exagerar las heridas; dormirse seria una estupidez, pero asustarse seria una cobardía. Ya hemos visto absolver á Cátulo dos veces y á Catilina otras dos; lo acaecido no es sino una absolucion mas, debida á jueces venales.

Luego, volviéndose hácia Clodio, que como senador asistia á la sesion y se reia desdeñosamente de sus palabras:

—Te engañas, Clodio, exclamó, si crees que tus jueces te han dejado ir libre. Estás en un error; te han dado á Roma por cárcel; no han querido protegerte como á un ciudadano, sino quitarte la libertad del destierro.

—Valor, padres conscritos; sostened vuestra dignidad; los hombres honrados permanecen unidos en su amor á la República.

—Entonces, hombre honrado, le gritó Clodio, ten la bondad de decirnos qué has ido á hacer á Baia?

Baia era el lupanar de Italia. De un hombre que allí fuese se podia sospechar: si una mujer iba, su reputacion estaba perdida.

Se decia que Ciceron habia ido á Baia á ver á la hermana de Clodio.

—En primer lugar, contestó Ciceron, no he estado ahí; pero, aunque hubiera estado, ¿acaso Baia es un sitio prohibido y no se puede ir á él á tomar las aguas?

—Bah! replicó Clodio, ¿que tienen que ver los aldeanos de Arpinum con las aguas, cualesquiera que sean?

—Pregunta á tu patron, repuso el gran orador, si no fué una suerte para él el tomar las de Arpinum.

El patron á que se referia Ciceron era César; pero, ¿para qué servian las aguas de Arpinum? Lo ignoramos.

Ese pasaje está oscuro, y no creemos que comentador alguno lo haya explicado nunca; pero sin duda encerraba un concepto ofensivo, pues Clodio se arrebató.

—Padres conscritos, exclamó, ¿hasta cuándo sufiremos entre nosotros este rey?

A lo cual contestó Ciceron con un juego de palabras que vamos á tratar de hacer comprender.

Rey se dice *rex* en latin. Una hermana de Clodio se habia casado con Marcio Rex, el cual era enormemente rico; Clodio esperaba, merced á la influencia que tenia sobre su hermana, ocupar un lugar en el testamento de su cuñado; pero en ese particular llevó un solemne chasco.

—Rey! rey! repitió Ciceron; sin duda le guardas rencor porque te olvidó en su testamento, siendo así que tenias comida de antemano la mitad del legado!

—¿Acaso tú, repuso Clodio, has pagado con la herencia de tu padre la casa que has comprado á Craso?

Efectivamente, Ciceron acababa de comprar á aquel una casa en tres millones quinientos mil sestercios.

Hé aquí su carta al procuestor Sextio dándole cuenta del suceso:

“Vos me habeis decidido, con vuestra felicitacion de hace algun tiempo, á comprar la casa de Craso; pues solo despues de haber recibido dicho cumplido fué cuando la compré realmente en tres millones quinientos mil sestercios; así me veo ahora acribillado de deudas, á tal punto, que trato de entrar en

cualquiera conspiracion, si es que se dignan admitirme en ella.”

—¿Comprado? contestó Ciceron; por lo visto estás pensando en jueces, y no en casas.

—Comprendo que no quieres bien á los jueces, volvió á replicar Clodio; les aseguraste que estaba yo en Roma el día de las fiestas de la Buena Diosa, y no han querido creer tu palabra.

—Te engañas, Clodio, repuso de nuevo Ciceron; veinticinco creyeron en ella; á la tuya es á quien treinta y uno no quisieron dar crédito, puesto que se hicieron pagar de antemano.

A aquella respuesta los gritos hicieron callar á Clodio.

Todo eso era muy poco parlamentario, como se diría hoy; pero ¡cuántas cosas peores no hemos visto y oído nosotros!

Como se comprenderá, desde aquel momento fué ya una guerra declarada la que hubo entre Ciceron y Clodio. Vamos á ver cómo esa guerra lleva á Ciceron al destierro y á Clodio á la muerte.

Entretanto, ¿qué era lo que mas interesaba á Clodio? Vengarse de todos aquellos insultos de Ciceron, cuyas palabras, repetidas desde el Senado hasta el campo de Marte, lo marcaban como con un hierro candente.

Ciceron tenia el defecto de los hombres de chispa;

no podia permanecer tranquilo y callado; preciso era que aquella pícara chispa se mostrase, aunque fuese á costa de sus amigos, de sus parientes, de sus aliados.

—¿Quién ha colgado á mi yerno de esa espada? decia un dia viendo al marido de su hija llevar al lado una espada tan alta como él.

El hijo de Sila estaba mal de negocios; vendia todos sus bienes y hacia fijar listas de ellos en las esquinas.

—Prefiero las listas del hijo á las del padre, decia Ciceron.

Su colega Vatidio padecia de escrófulas; un dia que habia defendido un pleito y que Ciceron habia estado escuchándolo:

—¿Qué os parece Vatidio? le preguntó un amigo.

—Demasiado hinchado, contestó el gran orador.

César propuso el reparto de la Campania, lo cual produjo gran emocion entre los senadores.

—No consentiré eso mientras viva, exclamó Lucio Gelio, que tenia ochenta años.

—César esperará, contestó Ciceron, pues Gellio no pide un plazo muy largo.

Un dia le dijo Metelo:

—Mas son los ciudadanos que has perdido con tus declaraciones, que los que has salvado con tu elocuencia.

—Es posible, contestó Ciceron: eso prueba que tengo mas honradez que talento.

Un jóven, acusado de haber envenenado á su padre con pasteles, le dijo otro dia:

—Te llenaré de injurias.

—Bueno, contestó Ciceron; viniendo de tí, prefero injurias á pasteles.

Habia citado como testigo en una causa á Publio Costa, que sin saber una palabra de leyes pretendia, ser jurisconsulto.

Interrogado sobre uno de los particulares, Publio contestó “que no sabia nada.”

—Bueno! dijo Ciceron; sin duda ha creido que le preguntaban sobre derecho.

Metelo Nepos, sobre todo, solia ser el blanco de sus tiros.

—¿Quién es tu padre? le preguntó un dia aquel, creyendo ponerlo en un aprieto á causa de lo bajo de su origen.

—Tu madre, pobre Metelo, le contestó Ciceron te ha hecho á tí mas difícil la respuesta que á mí.

—El amigo por quien abogo, dijo un dia Marco Appio, me ha rogado emplease en su defensa celo juicio y buena fé.

—¿Y has tenido valor de no hacer nada de eso por un amigo? exclamó Ciceron interrumpiéndolo.

Lucio Cotta ejercia el cargo de censor cuando

Ciceron solicitaba el consulado. Cotta era un borracho consuetudinario.

En medio del discurso que dirigió al pueblo, Ciceron pidió de beber. Sus amigos aprovecharon aquel momento para rodearlo y felicitarlo.

—Así, amigos míos, así, les dijo, ocultadme á fin de que nuestro censor no vea que bebo agua; no me lo perdonará nunca.

Marco Gelio, que segun se decia, era hijo de padres esclavos, llegó un dia al Senado y se puso á leer una carta en voz alta y sonora.

—Hermosa voz! dijo uno de los oyentes.

—Ya lo creo, contestó Ciceron, como que descien- de de de pregoneros.

A dos mil años de distancia esos epigramas hacen muy poca gracia; pero indudablemente harian mucha menos á aquellos á quienes iban dirigidos.

A Antonio le llamaba la *Troyana*, á Pompeyo *Epícrates*, á Caton *Polidamo*, á Craso el *Calvo*, á César, la *Reina*, y á la hermana de Clodio la *diosa de ojos de buey*, porque se le achacaba la misma falta que á Juno.

Todo eso grangeaba á Ciceron un cúmulo de enemigos, y enemigos terribles, pues todos sus tiros daban en pleno amor propio.

Si Antonio le hizo cortar la cabeza y las manos, clavándolas despues en la tribuna de las arengas y,

si Fulvia le atravesó la lengua con una aguja, fué porque aquella lengua la había insultado, fué porque aquella mano había escrito las Filípicas.

Veamos ahora de qué modo podía vengarse Clodio de Ciceron.

XXVII.

Habia una cosa de que Ciceron se jactaba, y la cual los romanos le reprochaban continuamente; era haber hecho condenar á muerte, cuando la conspiracion de Catilina, á varios ciudadanos, particularmente á Léntulo y Cetego, á pesar de la ley que impedía condenar á ningun ciudadano mas que á destierro.

Era preciso acusar á Ciceron, pero siendo este senador no podía ser acusado sino por un tribuno del pueblo, y no se podía ser tribuno del pueblo sino perteneciendo al pueblo mismo. Ahora bien; Clodio era no solo noble sino hasta patricio.

Se buscó un medio que obviara aquella dificultad.

Ya hemos hablado de la ligereza de lengua de Ciceron.

Un dia se le ocurrió tomar la defensa de Antonio,